

5. Historia de las ideas e historias disciplinares

Comentario a la ponencia de Hugo Vezzetti

Jorge Myers

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad de Buenos Aires

En cierto sentido la tarea que ahora deberé cumplir se ha vuelto más difícil en el transcurso de estas presentaciones, ya que el propio Hugo Vezzetti, al señalar él mismo gran parte de los núcleos de problematización que yo pensaba abordar en este comentario, ha dejado poco más por decir; dificultad que por otra parte aparece multiplicada por la propia excelencia del trabajo que debo comentar —ya que deja estrecho resquicio para la salvación tradicional de los comentaristas en apuros, cual es el demorarse extensamente en las críticas fatales que suscita el trabajo comentado—. Intentaré, entonces, no reproducir los conceptos ya enunciados, al menos no en la misma forma, ni con los mismos énfasis que él les ha dado.

Como él mismo ha señalado, su presentación consiste de dos partes: 1) un capítulo (que forma parte de un libro de próxima aparición) que tiene por tema la constitución de un cuerpo de discursos referidos a la sexualidad humana, y que en la interpretación de Vezzetti habría venido a constituir una suerte de “campo de recepción” de la psicología freudiana en la Argentina; y 2) una reflexión acerca del *métier* de historia de las ideas, reflexión que tematiza el modo ideal de realización de este tipo de historia, en función de los problemas que le atañen.

Para esta segunda porción de su presentación, Vezzetti ha utilizado su propio trabajo como ejemplo sobre el cual elaborar su reflexión. En tanto esta reflexión teórico-metodológica —que responde a la consigna original que presidía este encuentro—, permite abrir la discusión hacia una serie de cuestiones que son más generales y que pueden servir además para discutir —desde una perspectiva más integradora— algunas de las problemáticas que han sido puestas de relieve durante estas jornadas, y que se relacionan con la forma de concebir los registros de la cultura y de las ideas en tradiciones disciplinares tan disímiles como la crítica literaria, la filosofía o los estudios de cultura urbana, dejaré para el final mis comentarios sobre ella.

Respecto del trabajo presentado por Vezzetti, quisiera destacar la operación que allí ha sido efectuada, de poner en comunicación una serie de saberes y discursos de muy diversa procedencia —discursos y saberes que abarcan desde la literatura “cultura” (como Cambaceres, Arlt —si es permitido usar semejante término para referir la obra de Arlt—, Argerich, etc.) hasta aquellos de índole social, política, científica, y en especial médica— que habrían sido producidos y circulados en el período estudiado por él, para de ese modo hacer emerger un objeto

de análisis que de otro modo simplemente no sería visible como tal. Es decir, Vezzetti “arma” su objeto en función de las preguntas que definen una mirada, una línea de visión, dirigida sobre el continuo indiferenciado de las experiencias “no procesadas” que habitan el pasado, y lo hace mediante un entrecruzamiento de disciplinas, géneros y discursos, cuya aproximación en un único plano de significación permite develar algunos al menos de los contornos del objeto que ellos esbozan. Es necesario enfatizar que esta operación no consiste en una “invención” histórica sin ningún anclaje empírico o conceptual relacionado con los elementos que efectivamente están presentes en los discursos pertenecientes al período estudiado: el proyecto de Vezzetti no guarda ninguna semejanza con los ejercicios literarios de un Dominic La Capra o un Simon Schama, donde el propio estatuto metodológico de la historia y de sus herramientas constitutivas aparece puesto en entredicho. La construcción objetual que práctica Vezzetti es metodológicamente rigurosa, y si rehuye un empirismo ingenuo, no por ello elude la necesidad de sustantivar objetivamente las hipótesis y aseveraciones sobre las que se apoya. Ella consiste, antes que en una “invención” *ex nihilo*, en elucidar —o llevar hacia afuera, “educir” en buen borgiano— un conjunto de relaciones realmente presentes en el objeto estudiado (o para decirlo con quizás mayor precisión, realmente *implicados* en él) que yo llamaría metafóricamente “correspondencias” o “afinidades electivas”, y que permanecerían semi-ocultas en la propia matriz de los fenómenos estudiados, tomados individualmente. El hecho de que efectivamente existan vínculos cuya comprobación empírica es posible, aunque ellos no sean evidentes a primera vista, es lo que le imprime una legitimidad metodológica a esta operación de puesta en comunicación de fenómenos regi-

dos por una legalidad ontológica distinta. La operación interpretativa practicada por Vezzetti no es arbitraria, sino constructiva.

Al mismo tiempo, conviene enfatizar la distancia que separa a este estudio de los cánones de la interdisciplinariedad, ya que es en *el objeto* estudiado que las divisiones entre disciplinas aparecen atenuadas o directamente disueltas, y no en *el método* de estudio que Vezzetti emplea: método que respeta en todo momento la especificidad del tipo de conocimiento —histórico y referido a las ideas, discursos y prácticas constitutivos de ese espacio ambiguo de saberes sobre la sexualidad— al que se desea acceder. Distinguiendo cuidadosamente entre distintos regímenes de legalidad en la constitución de campos de saber —entre aquellos con una legalidad estrictamente definida como las *disciplinas* propiamente dichas, y aquellos otros presididos por un régimen más laxo o no formalizado, como los campos semi —o seudo— disciplinares (que denomina “campos genéricos”), Vezzetti preserva la especificidad de las disciplinas como objeto de estudio, al tiempo que abre el universo de su investigación a fenómenos que aunque escapan al ámbito disciplinar, inciden necesariamente en cualquier explicación histórica adecuada del mismo. El horizonte de la investigación histórica de Vezzetti está siempre determinado por la psicología y (en última instancia) el psicoanálisis, pero la integración a su campo de visión de fenómenos culturales más difusos y más discontinuos que cualquier disciplina, le permite identificar los espacios y los momentos en que aquellas disciplinas instituyen su propia identidad. En comparación con las innumerables historias disciplinares producidas en los Estados Unidos, Europa, y América Latina, que por aceptar como límite apriorístico de su campo de investigación aquéllos constitutivos de la propia disciplina estudiada, *tal como ellos aparecen señalados en el*

momento de emprender la investigación histórica, caen en el teleologismo o en la proyección retrospectiva más burdos, la deliberada implementación por Vezzetti de un programa de investigación que encuentra su objeto en los espacios de ambivalencia que deslindan a la disciplina de la no-disciplina, permite que la pregunta por el surgimiento de nuevos campos disciplinares, o por la transformación de los ya existentes, pueda ser formulada eficazmente.

En cuanto a los contenidos puntuales del trabajo presentado por Vezzetti, haré referencia a cinco cuestiones que surgen de su lectura. Primero, creo que merece destacarse su hipótesis respecto de la biologización de la reflexión social y cultural —aquello que en el mismo trabajo se denomina el despliegue de un “imaginario biológico”— como uno de los principales rasgos constitutivos de la cultura argentina en los años que van desde las postrimerías del siglo XIX hasta algún momento —diferente para cada campo específico en que la ruptura con el imaginario biológico se produce— entre los años 1920 y 1940. Este señalamiento es importante en sí mismo, pero lo es además porque permite constatar la intensidad de ese impacto biologista sobre un abanico de saberes extremadamente dispares entre sí y que aparecen todos (desde el pensamiento psicológico hasta el literario) fuertemente transformados por su recepción de aquella metáfora biologista.

En segundo lugar, el argumento de Vezzetti respecto de la sucesiva centralidad de dos conceptos originados en tradiciones de pensamiento científico distintas —“herencia” y “libido”— es sumamente importante, ya que permite dar cuenta de la transformación global experimentada por los discursos sobre lo sexual en las primeras décadas del siglo XX. Estos conceptos habrían operado como dispositivos conceptuales en torno de los cuales se organizaban las variadas y no

siempre enteramente precisas representaciones de la sexualidad en los campos genéricos de la época, y, por ello mismo, el reemplazo en su papel central del primero de ellos —la “herencia”, de claras filiaciones biológicas— por el segundo —la “libido”— debió necesariamente instaurar un régimen discursivo notablemente distinto del que antes había primado y con consecuencias resonantes para la cultura argentina en su conjunto.

Deseo enfatizar en tercer lugar un aspecto de este trabajo que (deliberadamente) sólo ha sido brevemente aludido por Vezzetti en su propia intervención. Es éste su análisis de las instituciones culturales que contribuyeron a la notable —y en alguna medida sorprendente— difusión del discurso sexológico en la Argentina durante esos años. Aunque Vezzetti estudia especialmente el caso puntual de la editorial *Claridad* (que evidentemente por su orientación ideológica poco aferrada a cualquier “tradicionalismo” debió constituir un medio excepcionalmente receptivo a ese discurso), es dable presumir que en las prácticas “modernizadoras” de otras editoriales y de muchos diarios de la época también hayan estado presentes elementos que puedan ayudar a comprender mejor este proceso por el cual se transformó el imaginario sexual argentino. Este análisis, aunque, como efectivamente ha dicho su autor, no haya sido desarrollado extensamente en este capítulo del libro, tiene la felicidad de iluminar el modo en que los mecanismos de difusión cultural y su instauración de un público receptor incidían en la constitución de un espacio discursivo definido por la especificidad de los contenidos que allí circulaban: espacio en cuyo interior se discriminaría entre aquellos enunciados capacitados para portar un *sentido* y aquellos que no podían estarlo. Las huellas del pensamiento de Michel Foucault pueden vislumbrarse en este tramo de la expli-

cación histórica desarrollada por Vezzetti, pero no son sino eso –huellas– que conviven con otras fuentes teóricas y metodológicas, y con una largamente pulida *práctica* histórica, para producir una visión del pasado de notable flexibilidad interpretativa y con capacidad para manejar simultáneamente múltiples registros evidenciarios. En este marco, la explicación de la constitución de un espacio discursivo “sexológico” logra eludir contraposiciones dicotómicas entre formas de difusión o mecanismos culturales de un lado y contenidos “internos” del otro, integrando en cambio ambos términos de esa posible dicotomía en una explicación de mayor complejidad que permite señalar la *simultánea* existencia y ausencia de tales oposiciones, cuya existencia en un plano aparece como producto o condición de posibilidad de su ausencia en otro.

Mi cuarta observación ya ha sido mencionada en referencia con una problemática más general de la historia de las ideas que su trabajo ejemplifica, y, por este motivo, sólo la reiteraré muy sucintamente ahora. No puede, efectivamente, enfatizarse demasiado la importancia que reviste el modo en que complejiza y enriquece la historia disciplinar, al integrarla en el marco más amplio de la historia de saberes, géneros y discusiones que la exceden, sin por ello disolver su especificidad en un magma indiferenciado de “discursos culturales” –a la manera de los cada vez más populares (y empobrecidos) “*cultural studies*”. Es así como, desde una perspectiva posada sobre la eugenesia o la sexología –en tanto tradiciones de reflexión y de enunciación dotadas de un régimen legal propio (aunque éste haya sido muy endeble)–, reconstruye la historia disciplinar de la psicología y del psicoanálisis en la Argentina, trascendiendo los estrechos límites de una tradición concebida en forma canónica, y evitando el teologismo que es su mayor acechanza.

Mi último comentario al trabajo es en realidad la expresión de una duda. En cierto momento de este capítulo, Vezzetti se pregunta muy dubitativamente si esta difusión tan extensa de textos sexológicos pudo alcanzar a un público católico, desconfianza que a priori parecería enteramente compartible. Sin embargo, yo me pregunto si esta impermeabilidad de los sectores explícitamente católicos ante este tipo de discurso fue realmente tan así –en tanto sabemos que el mundo de las creencias y valores no está siempre (y quizás sólo en muy raras ocasiones) regido por un patrón de coherencia interna– y si no convendría dejar esa pregunta abierta por el momento. Si la historia documentada en torno a otros registros de prácticas y saberes ofrece alguna guía, puede quizás resultar no demasiado sorprendente que en éste, tanto como en aquellos, las combinaciones que los individuos, las parejas y los grupos arman con los objetos que pueblan su imaginario sean tan poco concordantes entre sí como las astucias estéticas del *bricoleur*.

En la porción restante de mi intervención pasaré a formular algunos comentarios referidos al tema más general que ha presidido este encuentro: aquel de los problemas, métodos y perspectivas que subtienden ese espacio de fronteras indefinidas en que se cruzan y se superimprimen unos a otros, disputándose la legitimidad de su presencia en él, la historia de las ideas, la historia de la cultura, la historia intelectual, la historia de los discursos y de las disciplinas, de las representaciones colectivas, de los imaginarios y, en fin, de las significaciones objetivadas –para mencionar sólo algunas de las variedades de historia que han reclamado la titularidad de ese espacio intelectual–. Es como consecuencia de esta baja definición del perfil de nuestro propio “campo genérico” que ha sido posible incluir en un mismo

encuentro aportes provenientes de disciplinas tan distintas —de la crítica literaria, de la historia, de la filosofía, de la sociología, etc.—, que sin embargo aparecen unidas (o al menos era dado pensar que *podieran* aparecer unidas) por el tipo de problemática enfrentada, y/o por el tipo de métodos empleados en función de ella. En consecuencia, estos breves comentarios que siguen, inspirados en el propio balance teórico-metodológico formulado por Vezzetti sobre la base de su propia experiencia como investigador, deberán necesariamente ser más bien *pointillistes*, eclécticos y quizás también, en cuanto a su selección, arbitrarios.

En la reflexión teórica de Vezzetti sobre el trabajo aquí presentado aparece muy fuertemente expresada una perspectiva que —creo que no es demasiado osado decirlo— está en la base de casi todas las distintas intervenciones que desde orígenes disciplinares muy distintos han comenzado a depositar los sedimentos de este nuevo campo de investigación. Ésta consiste en la contundente recusación de una línea divisoria entre aquello que se ha llamado —en las discusiones metodológicas de historia de la ciencia— historia “interna” e historia “externa”. Si este nombre nació relacionado con la historia de la ciencia y acompañó la intensa elaboración de un debate acerca de las bases epistemológicas del saber que se procuraba obtener por medio de la práctica histórica, enuncia sin embargo un esquema conceptual que ha sido común a casi todos los campos en que se ha buscado hacer una historia de las propias producciones disciplinares o genéricas. La tajante separación entre los *contenidos* de una obra literaria (o de casi cualquier tradición de reflexión intelectual, de producción y manipulación simbólica) y sus determinantes externos —*sociales, económicos* o aun *institucionales*— ha sido la norma en la literatura de esta índole hasta hace sólo tres décadas. En cam-

bio, en la ponencia de Vezzetti, como en casi todas las otras ponencias que han sido presentadas en este encuentro, uno de los principales rasgos definitorios que manifiestan es el rechazo a esta manera de conceptualizar el propio objeto de estudio: rechazo que consiste en disolver la oposición “interno”/“externo”, sin por ello postular que uno u otro de esos términos constituya el único legítimo. Partiendo de corrientes intelectuales muy diversas, de zonas de debate en que se cruzan las propuestas teóricas de Michel Foucault con aquellas de Pierre Bourdieu o de Quentin Skinner y su reticente “Escuela”, el rasgo unitario de casi todas las nuevas propuestas en historia intelectual (o de las ideas, o disciplinar) ha sido el presupuesto fundante de que las ideas, los conceptos, las representaciones simbólicas o imaginarias, son *hechos*, que participen del mismo estatuto de realidad que las acciones no-simbolizadas (si es acaso que tales pudieran realmente existir) o que las instituciones y las experiencias de orden puramente físico (como los procesos de larga duración que configuran los climas, los paisajes, los medios ecológicos, etc.). *Words are deeds*: tal bien pudiera ser el lema colgado sobre la entrada virtual a este incipiente campo de la historia intelectual.

Pero si esta recuperación de cierto “monismo” del enunciado/hecho constituye una de las instancias decisivas que permiten discriminar entre este campo y otros, igualmente fundamental es el rechazo a toda tentación relativista. La huida de la dicotomía antes mencionada en parte ha estado motorizada por el deseo de escapar al determinismo de lo “externo” sobre lo “interno”, que tanto desde perspectivas explícitamente marxistas, como desde otras muy distintas —el estructural-funcionalismo parsoniano por ejemplo—, han hegemonizado una porción importante de la literatura histórica producida durante este siglo; y el peligro

que tal movimiento encierra es aquel de desembocar en un aplanamiento liso y llano de todo sentido de la diferencia, es decir, de adoptar una postura que no permita discriminar entre aquello que pertenece al orden de lo simbólico y aquello que pertenece al orden de lo material —por un lado—, ni entre aquello que integra un registro intelectual o artístico y aquello que no lo hace. El reconocimiento otorgado a la especificidad de los campos disciplinares, de los géneros, que constituyen su objeto de estudio es un a priori de este tipo de perspectiva, ya que representa la voluntad clasificatoria primaria sin la cual ningún juicio puede ser formulado. Pero no equivale a una actitud *esencialista* respecto de las disciplinas: creo que el trabajo comentado ilustra muy bien porqué ello es así, y no hace falta volver sobre esa parte de mi argumento.

Para decirlo con mayor contundencia: todas las palabras son efectivamente hechos, pero son hechos de distinto orden, con distintas características, con distintos regímenes de producción y de “consecuencialidad”, y por ello, la tarea del historiador debe iniciarse con el *parti pris* por la diferencia. Más aún. Diferencia implica jerarquía, y si uno de los motivos más potentes detrás de la marea relativista de los últimos años ha sido la —por otra parte enteramente loable— pasión democrática, igualitarista, es necesario que desde el propio inicio de una empresa de interpretación histórica como la encarnada por la historia intelectual, se tenga la honestidad de admitir que la especificidad del objeto de estudio deriva ineludiblemente de una jerarquización de saberes. Pertenzca a una posición “baja” o “alta” en el interior del campo analizado, el objeto de estudio siempre revestirá algún tipo de jerarquía. Los juicios de valor individuales pueden estar equivocados, pero ello no es lo mismo que decir que no debe haber juicios de valor.

Finalmente, aparece también ejemplificada en el trabajo de Vezzetti una postura extremadamente significativa para quienes practican historia intelectual o de las ideas en estas latitudes. Acostumbrados como lo estamos a tratar con materiales culturales cuyo lugar de origen suele estar en otra región del mundo —en las culturas centrales de Europa, en América del Norte, en Rusia—, la tentación es muy fuerte de que se suscriba a una dicotomía enfática entre lo “local” y lo “universal”, o entre lo “nacional” y lo “extranjero”. Una consecuencia, por así decirlo, “natural” que se desprende de los dos postulados esbozados antes (disolución de interno/externo, anti-relativismo), es que tal dicotomía debe despojarse de todo sentido. Los discursos, las ideas, las disciplinas y corrientes intelectuales, no existen en un Cielo platónico de Formas Ideales, ni tampoco son objetivaciones permanentes de alguna “esencia” nacional, colocada fuera de toda temporalidad y permanentemente reactualizada por el perpetuo devenir de una mónada.

Al contrario, la postura que aquí deseo defender enfáticamente, y para cuya defensa me remito a los argumentos y práctica de Vezzetti, es que desde el momento en que reciben expresión en un país, *aunque éste no sea el de su origen*, aquellos enunciados ya participan de un sistema de correlaciones en el interior de una específica trama de hechos sociales, políticos y culturales; y por eso su sentido no puede ser aprehendido si no es primordialmente en relación con la economía de bienes simbólicos instituida por esa trama. Pensar el papel de los discursos, de las tradiciones disciplinares, exclusivamente en función de una relación entre lo extranjero y lo nacional, o entre lo universal y lo local, sería presumir la existencia de cierto esencialismo del “concepto” que fijaría en él de una vez por todas un único conjunto de significados, de tal forma

que a pesar de los distintos contextos culturales en que fuera eventualmente implementado ese concepto, su significado y su gama de posibles sentidos permanecerían *in aeternum* incambiantes. En consecuencia, el universo de preguntas posibles que suscitaría la historia de una disciplina desarrollada en otro país estaría circunscripto por aquella relación primordial entre extranjería y nativismo. Vezzetti se hace eco, pues, de uno de los aportes más felices que nos ofrece este nuevo modo de concebir la historia intelectual o disciplinar, cuando propone eludir tal problemática, desplazándola a un renglón secundario de la investigación. Y digo “felices” porque esa preocupación centrada monotemática y obsesivamente en la oposición entre lo propio y lo ajeno ha tendido demasiadas veces a producir interpretaciones esquemáticas e integristas, cuando no directamente a escudar la ignorancia supina del susodicho investigador.

Junto con esta breve enumeración de perspectivas antitéticas a la que predomina –o debería predominar– en el emergente campo de la historia intelectual, conviene ahora terminar esta ya excesivamente larga intervención refiriendo –también en actitud *pointilliste* y provisoria– algunos elementos teórico-metodológicos concretos para la configuración de este campo. Nuevamente, las pistas relevantes las ha ofrecido Vezzetti en la reflexión preliminar que acompaña su ponencia. Primero, él defiende el estatus ambivalente de aquello que denominamos “cultura”, que, como se sabe, durante la mayor parte de este siglo ha adquirido un doble sentido: el “intelectual” o de “alta” cultura con que se consustanció en el siglo XIX, y el “antropológico”, que ha sido progresivamente hilvanado en el transcurso de este siglo. En su dimensión “intelectual”, “cultura” equivale al dicho arnoldiano, es decir “lo mejor que ha sido pensado y dicho”, mientras que en su dimensión antro-

pológica, refiere a “un estilo de vida total”, a una manera de organizar la totalidad de la experiencia colectiva (e individual) de una sociedad. En las disputas ideológicas que han ensamblado el campo intelectual tal como hoy se nos presenta, la oposición entre estas dos definiciones de cultura ha sido un instrumento de lucha esencial. Sin embargo, desde la perspectiva de la historia intelectual o cultural, tal oposición no puede ser asumida directamente por el investigador: su “disposición” –en un sentido bourdieunano– exige que suspenda el conflicto entre ambas, y que reconozca en cambio la coexistencia potencial de las dos en una noción más compleja de cultura. Vezzetti tiene pues entera razón cuando indica la mayor productividad que reviste una perspectiva que, a la vez que reconoce la especificidad de –e incluso la contradicción entre– ambas definiciones, busca ponerlas en comunicación, postulándolas como dos aspectos o caras de un mismo fenómeno, como dos momentos de un mismo proceso, o como dos regímenes de producción de sentido rigiendo un mismo universo de objetos. En tanto los discursos intelectuales siempre implican prácticas sociales –aunque más no sea como voluntad de eludir tales prácticas, o de reducir su alcance–, siempre interactúan y se compenetran con la experiencia cultural en su modalidad de “forma total de vida”; y a la inversa, el lugar y los significados que pueden ocupar y revestir las actividades culturales en su modalidad de “lo mejor que se ha dicho y pensado” están configurados, “instanciados”, por la textura general del colectivo social en cuyo interior aparecen.

Sí, me doy cuenta de que me he excedido en el tiempo, así que haré dos últimos comentarios –brevísimos– si el moderador me lo permite. Primero, deseo rescatar la propuesta de Vezzetti acerca de la contradic-

ción que existe entre los dos momentos de producción de un trabajo de historia o de análisis cultural, ya que creo que en este punto, él ha expresado un aspecto metodológico fundamental de nuestro *métier*. La tensión que se insinúa entre la claridad clasificatoria que preside a la investigación, que organiza las preguntas que se formulan y que dispone los materiales empíricos en forma tal como para poder responderlas, y la lógica que preside a la escritura, es un hecho fundamental. Es decir, si la claridad es el síntoma definitorio de la etapa de la investigación, la ambigüedad que implica toda exigencia retórica es aquel del momento de la escritura. Vezzetti describe muy bien cómo el acto de escribir, de transformar en palabras y en frases, primero, y luego en argumentos, las intuiciones y los interrogantes informes que habían dirigido la búsqueda en archivos y en lecturas, tiende a poner en crisis y a disolver los esquemas hasta entonces imaginados. Estos dos momentos forman, sin embargo, parte de un mismo proceso y conviene quizás describirlos como dos regímenes legales distintos: aquel que preside la investigación, organizado sobre la base de *la lógica de la búsqueda*; y aquel que preside la escritura, organizado sobre la base de *la lógica de las estrategias retóricas*.

Segundo, y para terminar, quiero dirigir la atención de los asistentes a este encuentro —que supongo serán *todos* lectores de la

ponencia de Vezzetti— a la preferencia que él declara por el borde o la intersección, como lugar privilegiado desde el cual orientar una mirada escrutadora sobre los hechos del pasado. Desde el borde, los hechos se ven de manera distinta, desplazada, y es desde allí, en consecuencia, que mejor puede encararse la tarea de construir un objeto de estudio, de elaborar un cuerpo que de otra forma sería imposible simplemente “encontrar”. Desde esta perspectiva, es posible pensar efectivamente la historia de las ideas —y también la historia de la ciencia— como un ejercicio de recursos definidos por su propia ambigüedad. El historiador de las ideas es el detective de un crimen que no se sabe a ciencia cierta si ocurrió, y por ello, todos los métodos empíricos consuetos, toda la lógica indiciaria tradicional, se le muestra leve pero decisivamente desplazada, horadada por la anomalía y la polivalencia. No recuerdo ahora si fue Sir Francis Bacon o Sir Thomas Browne quien caracterizó la tarea de los científicos de su época con la metáfora del anfibio: como quienes debían adaptarse a vivir simultáneamente en dos mundos radicalmente opuestos, como condición necesaria para poder llevar adelante su obra de investigación. En la historia de las ideas, de los intelectuales y de la cultura, aunque por razones muy distintas a las aludidas en la cita original, todos somos anfibios, todos habitamos el borde, entre tierra y pantano, entre cielo y mar. □